

En el mismo lugar en que se alzó el que costó la vida a millares de hombres, y que fue volado por un comando americano, se encuentra hoy este modesto puente de construcción posterior a la guerra. A la derecha, el monumento levantado a los muertos desconocidos y desaparecidos durante las obras de aquí.

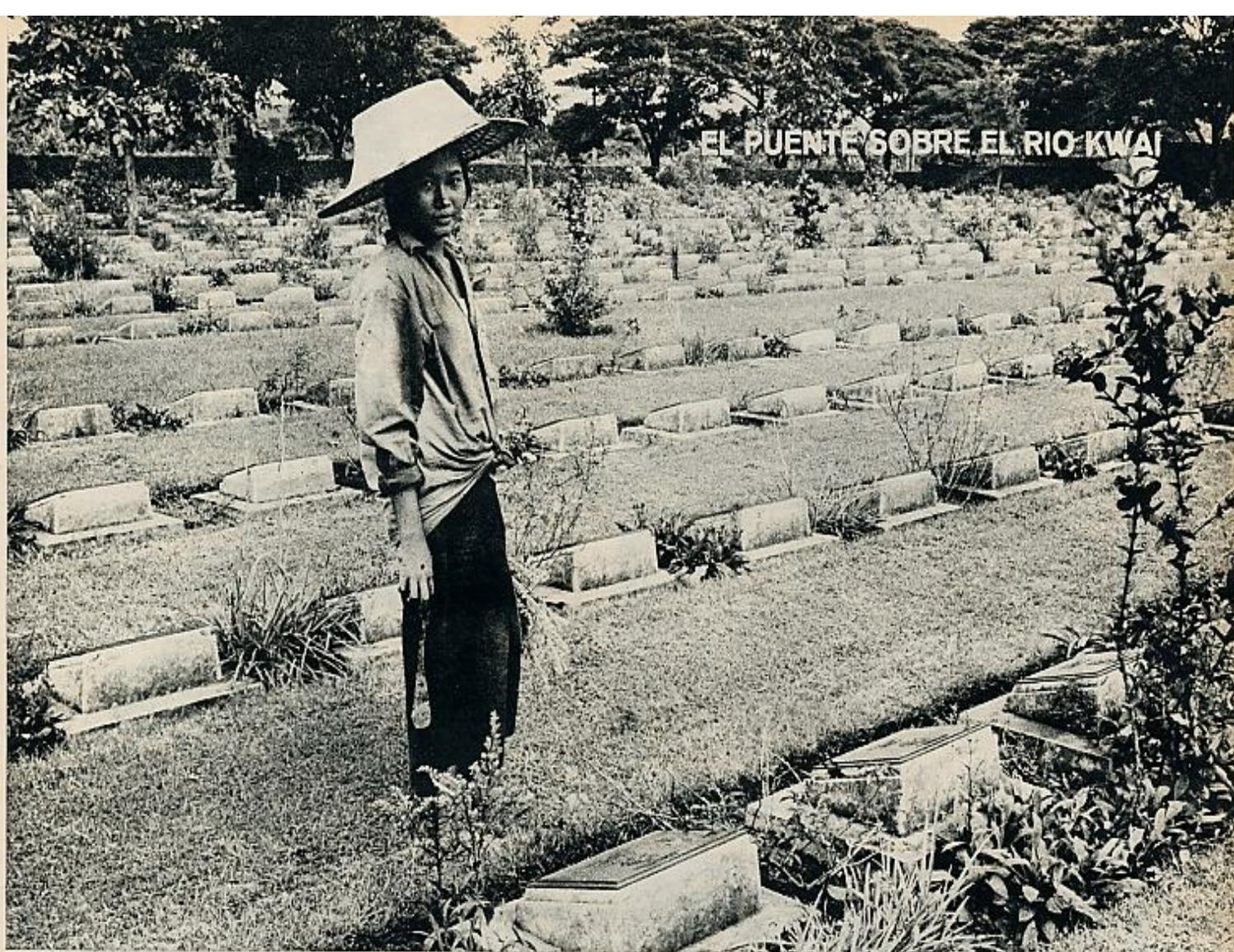
EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI

HACE unos años daba la vuelta al mundo con un éxito fabuloso una película titulada «El puente sobre el río Kwai», cuyo tema musical se popularizó rápidamente y llegó a hacer estragos. Se trataba de la adaptación de la novela del mismo título de Pierre Boulle, que contaba la terrible odisea que la cons- **SIGUE**





EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI



En los alrededores del puente se encuentran los cementerios que albergan los restos de los muertos durante los trabajos. Un bote de alquiler conduce al de Chungkai, y una bella muchacha se ocupa del cuidado del de Kanchanaburi. Una estrecha pasarela de tabloncillos sirve para el paso de peatones y bicicletas por el puente.

trucción del referido puente supuso. El film endulzaba las cosas, en función de la mitología del héroe a la que no dejaba de sacrificar, y los datos históricos y geográficos no quedaban en él demasiado claros. Hoy, cuando la película es sólo un recuerdo, «El puente sobre el río Kwai» sigue, sin embargo, sonando en los oídos de las gentes con un tono familiar. El puente ha existido y, ahora, en el lugar en que se alzó el que construido con inhumano esfuerzo fue a continuación destruido por una explosión, se alza otro de construcción reciente, posterior a la guerra. Es un puente modesto, estrecho y de doscientos metros de longitud, cuya finalidad es permitir —una vez al día— el paso de un tren. Unos tabloncillos atravesados sobre los raíles hacen posible el tránsito de los peatones o el de algún humilde campesino sobre su bicicleta...

El río Kwai está en Tailandia, a unos 130 kilómetros de la capital, Bangkok, y el tren que lo atraviesa sobre el famoso puente une los pequeños pueblos de Nakornpathon y Ta Sao, cerca ya este último de la frontera birmana. Hoy, en los alrededores del puente, el paisaje es acogedor, alegre, verde y suave. Pero tras esta apariencia apacible y a muy poca distancia del puente actual, se topa uno inmediatamente con los cementerios que albergan los cadáveres de las víctimas que produjo su construcción. Hay enterrados en esos cementerios más de 16.000 hombres: ingleses, australianos, holandeses, neozelandeses, y, desde luego, también japoneses. Los japoneses habían conseguido del Gobierno tailandés —que practicaban una neutralidad que nos les impedía favorecerles— la autorización para atravesar su te-

rritorio libremente, lo que para ellos era de la máxima importancia, ya que necesitaban mantener un fuerte contingente militar en Birmania y la ruta llamada «del té» —Rangún vía Singapur, estrecho de Malaca, Ranong, Mulmein— resultaba demasiado arriesgada para los transportes de tropas. Fue así como el Gobierno nipón decidió establecer una vía directa ferroviaria de Bangkok a Mulmein, lo que equivale a 400 kilómetros a través de la jungla y la montaña. El trabajo, como se sabe, fue realizado por los prisioneros de los japoneses, sometidos a durísimos tratos y a toda clase de vejaciones. Hoy, cuando la guerra queda lejos, las víctimas de aquella tragedia no han sido olvidadas. Y tres veces al año —el 25 de abril para los australianos, el 5 de mayo para los holandeses y el 11 de noviembre para los ingleses— se celebra un sencillo acto de conmemoración. Los cementerios de Chongkai y Kanchanaburi son visitados por quienes recuerdan a los hombres que construyeron el puente. Y en medio de una llanura, en los alrededores del puente, se alza un monumento elevado a la memoria de todos los desaparecidos y muertos durante su construcción. Afortunadamente, el emplazamiento geográfico del lugar ha hecho que éste no se haya convertido en un lugar de peregrinación turística, y salvo algún visitante aislado —familiares de los muertos, principalmente— y los que asisten a los actos oficiales, sólo pasan por allí los campesinos que, para ir a su trabajo, se ven en la necesidad de atravesar el puente por la estrecha pasarela de tabloncillos.

(Fotos DALMAS)



El guardián del cementerio de Kanchanaburi, Pramote Limtrakul, era un niño en la época de la guerra, pero recuerda perfectamente las penalidades de quienes construyeron el famoso puente.